

FEDERICO ÁLVAREZ: PLURALISMO, MODERNIDAD Y EXILIO

Ricardo TEJADA
(Université du Mans, Labo3Lam)

Introducción

En primer lugar, quiero dar las gracias a la asociación “Hamaika Bide”, en especial a Jose Ángel Ascunce, por invitarme a colaborar en este volumen dedicado a las Humanidades en el exilio. Lo segundo es subrayar la singularidad para mí de esta exposición. Es la primera vez que voy a tratar del libro de una persona que me lo dedicó; una persona que conocí en 2006 y con la que trabé una relación en varias ocasiones y en diferentes ciudades —el encuentro más prolongado y más intenso fue en México DF— consolidando entre nosotros un profundo afecto y un respeto mutuo que no se ha borrado en absoluto de mi mente y de mi corazón. Hay personas que se dejan querer por diferentes razones. En su caso pondría de relieve su amabilidad, su honda cordialidad, su finura de trato, exenta de aristas, su trato llano, su lucidez y sentido de la escucha. En él se amalgamaban con imperceptible naturalidad, no exenta seguramente de alguna que otra tensión, lo latinoamericano (Cuba y México), lo español y vasco, y, me atrevería a decir, algo tal vez más imperceptible e incluso más importante si cabe, un sutil “donostiarrismo”, sin asomo de “jatorrismo” folklórico, su

infancia como única patria, como él decía (Fernández 2014)¹. Nadie es idéntico a sí mismo (no digamos si hablamos de presuntas identidades colectivas), y menos un exiliado, y aún menos un artista o intelectual exiliado. Todo aquello llevaba él en su mochila, en su sentir. Ese era Federico, Fede, una persona que hemos querido muchos de los investigadores presentes en esta publicación y al que merecidamente rendimos homenaje en la Diputación de Guipúzcoa hace unos años y de nuevo ahora, ya fallecido.

Es un desafío para mí hablar de *La respuesta imposible* (2002), uno de los tres libros que publicó Fede, ya en este siglo XXI. Libros tardíos pues su carrera universitaria e investigadora, amén de la docente, en el campo de la literatura y de la filosofía, se fue postergando por diferentes razones, principalmente por su actividad política en el seno del PCE y su oficio de editor. Una vocación, la universitaria, a la que se dedicó con pasión y devoción y que logró hallar —como también le pasó a su admirado Adolfo Sánchez Vázquez— ya en la madurez de su vida. En efecto, entre 1959 y 1965 fue profesor “temporal” de la UNAM en México, pero no fue sino a partir de 1982, con 55 años de edad, fecha de su regreso definitivo al país que le acogió, cuando empezó a ejercer de manera continuada como profesor titular en la misma universidad². Anteriormente, en Cuba y en México, había colaborado en diferentes revistas e iniciativas culturales y políticas, como el movimiento 1959, que pretendía reformular los planteamientos políticos del primer exilio, que habían demostrado su ineficacia, acercando la segunda generación del exilio en México, en un diálogo franco, a las posiciones de la oposición antifranquista del interior (Velázquez 2015 y *Boletín* 2008). Más tarde, de nuevo en Cuba, en la Cuba castrista, ejerce ya como editor, lo que continuará en España, durante la Transición, como director de FCE (Sueiro 2008). La docencia estará, así pues, íntimamente ligada a la UNAM de México, la única casa, como dijo emocionado en el homenaje que le rindieron

¹ “La infancia acaba siendo un lugar”, le dice a Fernando Fernández a propósito de San Sebastián (2004). “Cuba (...) fue para mí fundamental” (2000, 172).

² Me remito al curriculum de Federico Álvarez que me proporcionó su hija, Teresa, a quien agradezco su ayuda, también en el envío del artículo de su padre sobre Adolfo Sánchez Vázquez.

amigos y colegas en el Bellas Artes de México, poco antes de su fallecimiento, la única casa, aparte de la infancia, que tuvo este vadeador de mares³.

Este libro que recibí de manos suyas, en 2009, fue pues una ofrenda. Y cuando te hacen una ofrenda te sientes deudor. Mentiría si dijese que aprecié tanto el libro como su autor. En su primera lectura, hace ya casi diez años, me dejó un poco frío por dos razones fundamentales. Es un libro de un marxista sobre la tradición marxista y yo me he sentido siempre ajeno a esta tradición, con la excepción, tal vez, de algunos autores heterodoxos que sigo apreciando en buena medida y citando de vez en cuando (Benjamin, Bloch, Adorno y Horkheimer). De joven leía a Hölderlin y Novalis, no a Marx; a Thoreau y a André Gorz, no a Lukács o a Althusser; a Foucault y Deleuze, no a Mandel o a Mao. A Marx terminé leyéndolo poco, unos tres o cuatro libros, y mal, es decir, sin mucho entusiasmo ni dedicación, aunque con gran curiosidad. También me dejó un poco frío su libro porque lo comparaba con las magníficas intervenciones en congresos, que solía hacer en España sobre su exilio y otros temas ligados al exilio republicano (Álvarez 2000, 2002b, 2004, 2008)⁴. Si en éstas había un maridaje casi perfecto entre su saber y sus vivencias, en el libro veía un simple cuaderno de notas, un balance de sus lecturas de autores marxistas. Luego, años más tarde, vi el libro como la toma de conciencia de un fracaso, el del comunismo, el del marxismo, fracaso como todo fracaso triste, incluso para los no implicados. Fede escarbaba en las

³ Véase en YouTube dicho homenaje, en el Palacio de Bellas Artes de México D. F., el 27 de julio de 2016, en presencia de Ambrosio Velasco, de Elena Poniatowska y el mismo Federico Álvarez, entre otros: https://www.youtube.com/watch?v=_zg_KtscZk

⁴ En *La respuesta imposible* distingue entre un « pensar directo » y un « pensar indirecto » (2002a, 188-191). El primero se basaría en la experiencia inmediata y el segundo en lo que se aprende por lo que otros han escrito en libros. Es curioso constatar que Álvarez considera asociado el eclecticismo al segundo y no al primero, mientras que el marxismo, y en particular el sensualismo y el materialismo, serían deudores del pensar directo. Es tanto aún más curioso si cabe si tenemos en cuenta que menciona de pasada, con relación a esta modalidad cognoscitiva, a Montaigne, a través de Américo Castro, sin parar en mientes que el ensayismo y mucho de lo que él denomina eclecticismo bebe del pensar directo. En contraste, la vulgata marxista ¿no se había ido convirtiendo en el más romo pensar indirecto?

vísceras de un cadáver y trataba, de algún modo, de resucitarlo... Seguramente era un tanto injusto porque —lo confieso— no había sido capaz de leerme las últimas páginas del libro y de releerlo atentamente, lo que siempre hay que hacer. Ahora veo el libro como el testimonio de un marxista fiel hasta la médula con sus ideas, de un gran coraje e integridad intelectual, pero que al mismo tiempo quiere buscar una ventana para airear la vieja habitación marxista y abrirla al pluralismo, a la democracia, a lo que él llama el eclecticismismo, tres pies de un trípode en el que estamos instalados desde hace mucho tiempo —en mi caso desde que tengo uso de razón— numerosos investigadores, filósofos y ciudadanos de a pie.

1. Del eclecticismismo al pluralismo en todas sus formas: el ensayo, el escepticismismo, el género aforístico, el dialogismo y el “polifonismismo”

Fede nos muestra a lo largo del libro, y de manera cronológica, las diferentes concepciones que los pensadores marxistas han ido adoptando acerca del eclecticismismo. En primer lugar, nos conduce por las visiones acerca del eclecticismismo antiguo, medieval y de los inicios de la época moderna, en Hegel, Marx y Engels (2002a, 11-59). Desde éstos, el autor nos conduce por Kautsky, Rosa Luxemburg, Gramsci, Lukács, Neurath, Bloch (2002a, 60-122), y más tarde por Habermas, los diferentes intentos de conciliación del marxismo con el cristianismo, el existencialismo, el freudismo, la filosofía analítica y el estructuralismo (2002a, 123-163), sin olvidar los neomarxismos latinoamericanos, árabes y chinos (2002a, 164-186). La lista es abrumadora y me dejo varios autores en el tintero. Fede hace alarde de múltiples lecturas, mascadas y meditadas durante mucho tiempo, que son el fruto de la vida de un militante, de un editor y de un profesor universitario. Esto es importante porque los libros no se leen de la misma forma si se es militante de alguna organización o si se es profesor. Ahora bien, estas lecturas están organizadas de una manera un tanto mecánica y enciclopédica, todo y cuando se propone organizarlas y clarificarse conceptual y políticamente hablando acerca de ellas. Por último, al final del libro, lleva a cabo una “discusión categorial” en torno a lo que él llama la “transmodernidad” (2002a, 187-282).

Pero ¿qué tiene que ver el eclecticismismo con el marxismo? Y ¿por qué le incumbe a un marxista tener que habérselas con él? El eclecticismismo —así lo interpreto— es la sombra del marxismo, de una

parecida manera a cómo Eugenio Trias hablaba de la filosofía y su sombra (2019). La sombra para Trias era el no-saber, la locura o lo que llamará más tarde el vértigo, lo siniestro, la pasión, el límite, ese espacio reprimido, en términos de Fromm, que tarde o temprano aflora. La sombra del marxismo no fue nunca —teóricamente hablando— su enemigo de clase, la burguesía o la ideología que defendía, el liberalismo, aunque éste pudo camuflarse o adoptar el traje del eclecticismismo de manera puntual; más bien fue aquello que nunca podía ser, aquello que, aunque podía admirarlo en el fondo, le horrorizaba y que no podía soportar asemejarse porque intuía que podía suponer su fin como saber científico y como praxis política, claramente encarrilada. El eclecticismismo es *su* sombra, es más, es el marxismo quien crea su sombra, diría yo un tanto fantasmática, y de aquí derivan tal vez algunos de los problemas del libro, porque Federico Álvarez, al seguir en los inicios del libro el parecer de Hegel, Marx, Engels y bastantes marxistas como Lenin y Stalin, considera que una buena parte de la filosofía antigua griega, del humanismo, de la Ilustración, del pensamiento llamado postmoderno (Derrida, por ejemplo), son eclécticos. Leibniz, Nietzsche, lo son, incluso Descartes, desde este punto de vista. Para Lukács, hasta el kantismo es ecléctico. El eclecticismismo se caracterizaría, desde esta perspectiva marxista, por el intento intelectual de conciliar perspectivas y teorías diferentes, sin una síntesis clara y sin dialéctica alguna previa que lleve a ella. A lo largo del libro se van desgranando hábilmente los diferentes epítetos y metáforas con los que muchos marxistas han motejado al eclecticismismo: “cóctel”, “yuxtaposición”, “oportunismo”, “suma que no plasma nada nuevo”, “interfagocitación”, “transacción”, “componenda”, “mezcolanza y selección sin síntesis” (para Hegel en especial) y “mezcla sin síntesis total” (para Marx). En todo eclecticismismo, para sus detractores, se echa en falta un “a priori”, unas “conexiones”, un “sistema” que reúna las ideas y teorías dispersas. Se ve claramente que el eclecticismismo más que un concepto riguroso es un arma conceptual de carácter polémico, un arma arrojada descalificatoria cargada de contenido peyorativo. Cuando a los gatos los vuelven pardos se ponen más pardos aún, porque ¿qué punto de encuentro encontraríamos entre Descartes y Nietzsche? ¿Entre Leibniz y la filosofía griega? ¿El cogito cartesiano no es un pilar suficientemente sólido como para ahuyentar todo eclecticismismo? Ciertamente, toma prestadas problemáticas de Suárez y de San Agustín, pero lo sustantivo suyo y original es el hecho de que no puedo dudar de

que yo esté dudando y de ahí se derivan muchas tesis. Si el libro de Federico Álvarez se hubiera quedado en este repertorio de descalificaciones marxistas del eclecticismo, pese a su interés indudable, nos hubiéramos quedado insatisfechos.

Ahora bien, conforme se va adentrando uno en su lectura se va viendo que el autor quiere retomar, mejorándola, la inicial distinción hegeliana entre un eclecticismo “bueno” y otro “malo” (2002a, 31-32, 212, 218)⁵. Es importante señalar que el primer distanciamiento del autor respecto a la manera como es presentada la sombra ecléctica por los marxismos más ortodoxos se sitúa en el terreno estético. Era lo más socorrido para un marxista, añadiría yo, no sometido totalmente al dogma, un marxista con criterio, como él. Era más fácil en los años sesenta, no antes, —relativamente, cuidado— distanciarse del “realismo socialista” que del “Díamat” a la manera soviética y más fácil distanciarse de éste que del “materialismo histórico” y de la práctica comunista. Federico, casi desde que llega a Cuba, empieza a leer libros de literatura latinoamericana (no digo “hispanoamericana” o “iberoamericana” porque se enfadaría amablemente conmigo)⁶. Su maestría o tesina la dedica a estudiar este tema. Él se da cuenta de que todo ese inmenso universo es ecléctico, pero tiene, por diferentes razones, un inmenso potencial emancipador⁷. Creo que la lectura de José Martí le deslumbra, pero no solo él: Asturias, García Márquez, Fuentes, Lezama Lima, Carpentier, a bastantes de los cuales conoce

⁵ “En filosofía, si el sistema se abre realmente y se desarrolla, lo hace hasta cierto punto a costa de los principios que lo definían y genera nuevas reflexiones, si permanece cerrado, acaba en conflicto con la realidad objetiva y se degrada hasta anularse” (2002a, 212) y “la conciliación ecléctica (renacentista o ilustrada, por ejemplo) pudo ser un camino para avanzar hacia la verdad obviando los escollos unicéntricos, no dialógicos, de las ortodoxias políticas o de los dogmas religiosos, o bien adoptando, como quiere Maurice Blanchot centros que se desplazan” (2002a, 218).

⁶ En Cuba, dice él, “leí mucho. A Unamuno, a Lenin, a Martí” (2000, 173). Y en otra intervención suya: “América entró en nosotros de manera honda, determinante” (2004, 45)

⁷ Ambrosio Velasco caracterizó hace poco, con agudeza, a Federico Álvarez como “un generoso humanista republicano, intensamente iberoamericanista y antiimperialista” (2018, 207).

personalmente en Cuba⁸. Es significativo que también Adolfo Sánchez, probablemente el pensador marxista más importante del exilio republicano español, inicie su distanciamiento de la ortodoxia marxista a partir de *Las ideas estéticas de Marx* (1965). Se empieza por la sensibilidad, se continúa con las ideas y se termina en cómo tenemos que comportarnos, ética y políticamente hablando. Admitir el eclecticismo estético era factible, filosófico era más difícil, pero Álvarez se va dando cuenta también del “eclecticismo larvado de la mayor parte de la filosofía española de todos los tiempos” (2002, 95). Él mismo reconoce que en sus clases en la UNAM la filosofía iba ocupando cada vez más espacio e interés⁹. Es digno de subrayar el paralelismo con Sánchez Vázquez porque —no olvidemos— éste mismo había comenzado a escribir poemas en los primeros años de su exilio en México y se relacionó con escritores y poetas del exilio como Juan Rejano¹⁰. No obstante, lo “imposible” —lo dice él mismo— era admitir cierto eclecticismo en política, sobre todo antes de los años sesenta¹¹.

Cuando Federico Álvarez analiza los neomarxistas de la segunda mitad del siglo XX, como por ejemplo François Châtelet, detecta con

⁸ En *Vaciar una montaña*, su segundo libro, Álvarez nos brinda tres semblanzas, de Lezama Lima, Alejo Carpentier y Nicolás Guillén (2009, 145-150). Y aprovecha para mencionar que hablaron “con alegría”, Carpentier y él, del *Calibán* de Roberto Fernández Retamar, un libro, por cierto, del que me habló Fede en su casa de México D. F.

⁹ “Aunque he impartido muchos cursos de literatura española, he acabado por ser profesor de teoría de la literatura, lo mismo en el posgrado que en los cursos escolarizados. Para mí, la teoría de la literatura está íntimamente relacionada con la filosofía” (2008, 28).

¹⁰ Sobre la relación de Sánchez Vázquez con la poesía, antes y justo después del exilio, véanse dos entrevistas: “Mi trato con la poesía en el exilio” y “Entrevista de Paloma Ullacia y James Valender”, (1997, 142-150 y 165-190).

¹¹ Los comentarios de Max Aub en su diario, el 22 de agosto de 1968, apuntan a que Federico Álvarez, a fines de los sesenta, confiaba todavía bastante en el régimen castrista, aunque ya no tanto en la URSS: «Llegaron Retamar y Federico tan convencidos —tras haber consultado— de que Fidel estaba con Checoslovaquia contra la intervención de la URSS. Me extraño, callo. ¿Cómo es posible —le pregunto a Retamar— que dependiendo totalmente de Rusia para vivir (el petróleo) venga a manifestarse en contra? —¡No! ¡No! ¡No se puede tolerar! A ver qué cara ponen después del discurso —natural— de Fidel... » (2003, 404).

agudeza que cuando critican el marxismo ecléctico, con aportaciones de la lingüística, la sociología, la antropología, etc, se dan cuenta de que deben volver al Marx originario, pero sin olvidar que esas aportaciones pueden enriquecerlo y tienen una parte de verdad (y de error), con lo que, en realidad, hacen una crítica ecléctica del eclecticismo. Su actitud “es flagrantemente ecléctica” y el método que utilizan también (2002a, 126). Esas aportaciones científicas y filosóficas estaban dando una apariencia de vida a un cadáver, como el mismo Châtelet lo reconocía en 1979 (2002a, 125). Ese Marx genuino, sin mancha de marxismo ¿dónde estaba? Y si estaba en algún sitio, ¿tenía potencialidades eclécticas?

Son precisamente los únicos marxistas (heterodoxos) que me parecen todavía vigentes los que le ayudan a Federico Álvarez a encontrar poco a poco un eclecticismo “bueno”¹². Es el Adorno que habla de una “lógica de la desintegración” (2002, 232). “La totalidad puede engañarnos incluso allí donde más clara aparece”, afirma el donostiarra en la estela adorniana (2002, 235). Es el Bloch que reprocha a los marxistas puros y duros que critiquen el género aforístico (que él mismo había practicado de joven) con el pretexto de que no tienen conexión entre sí los aforismos, cuando en Nietzsche hay una conexión y una tendencia claramente unificadora de todos ellos (2002a, 105-108, 211)¹³. Es el mismo Bloch que valora al ecléctico que como una abeja va de flor en flor, aprovechando siempre el polen más enriquecedor, pero siempre con “una gran meta” y en el marco de un pluralismo en el que haya un “todo polifónico” (2002a, 106-107). Es el Benjamin (pese a todo muy poco leído directamente por nuestro autor) que ensalza, como por cierto también Brecht, el valor del “montaje-collage” como alegoría de nuestra modernidad y que le ayuda también en una valoración positiva del eclecticismo. Es el mismo Benjamin que habla

¹² Fredric Jameson es otro autor marxista actual de gran interés y vigencia, pero Álvarez lo menciona en su libro menos veces, sin sacarle todo el jugo deseado a sus tesis.

¹³ Vuelve Fede a los aforismos en su segundo libro donde reconoce su afición por ellos y reitera la alabanza de Bloch a la aforística de Nietzsche, todo y cuando Álvarez valora también Joubert y otros escritores franceses de aforismos del XVIII que Bloch no apreciaba tanto (2009, 101-105).

de la posibilidad de escribir un libro solo con citas (2002a, 128-129, 220)¹⁴. Es, en fin, el Derrida que filtra la pluralidad sin centro de nuestro mundo, esos *Espectros de Marx* que Fede tenía en su mesa cuando le visité y del que hablamos durante un rato¹⁵.

Lo que va descubriendo, en definitiva, aunque no lo explicita en realidad, es la existencia del escepticismo, del aforismo, del ensayo, del dialogismo y del polifonismo como realidades mucho más profundas y tangibles del mentado eclecticismo. Dialogismo y polifonismo de la novela (Bajtin), pero también de múltiples ensayos que beben de los *Diálogos* de Platón, de los diálogos humanistas, como los de los hermanos Valdés; el ensayo, que como el libro reciente de Irene Langlet, *L'abeille et la balance*, lo demuestra, tiene desde Bacon la actividad de la abeja, como alegoría constructiva y fundadora de su praxis¹⁶. El aforismo, que, como el ensayo, pero de manera aún más radical, nos acerca a la multiplicidad de perspectivas, a la multiplicidad ontológica del mundo (2002a, 107). Federico Álvarez olvida decir que hay además toda una corriente metafísica que trata de fundar la multiplicidad del ser, desde Leibniz hasta Michel Serres y Gilles Deleuze, pasando por William James y Henry Bergson¹⁷. Por último, el escepticismo que además de ser un “pensar directo”, un “examinar”, como dice Álvarez, es sobre todo un dispositivo filosófico fundamental de la cultura occidental, cómplice del ensayo desde Montaigne, en dosis variadas, y que ha enri-

¹⁴ Señalemos un ensayo excelente de Georges Didi-Huberman, tan benjaminiano en su análisis del collage brechtiano: *Quand les images prennent position. L'oeil de l'histoire*, vol. 1, Minuit, Paris, 2009.

¹⁵ Dedicó a Derrida cuatro glosas en el diario mexicano *Excelsior*, en 2004, a raíz de su fallecimiento (2009, p. 270-176). Le atraía, como él mismo me lo dijo, la idea derridiana de algún día constituir una « nueva Internacional » (2009, p. 273).

¹⁶ *L'Abeille et la balance. Penser l'essai*, Éditions Classiques Garnier, 2015. No sabemos si Bacon tomó la metáfora de la abeja de la *Carta a Lucilo* de Séneca, que sí cita Álvarez directamente (2002a, 12), pero como prueba del supuesto eclecticismo del hispano-romano, no como alegoría cognoscitiva del ensayo.

¹⁷ Sin embargo, Álvarez elogia “el hermoso libro sobre los orígenes de la geometría” de Michel Serres y su afirmación de que la psicología, la historia, la filosofía, rehusaban “pensar la mezcla”, cuando añade el donostiarra: “¿cuántas cosas en la vida no se manifiestan mezcladas?” (2002a, 261-262), pero no cita uno de los libros fundamentales de Serres: *Le système de Leibniz et ses modèles mathématiques*, PUF, Paris, sistema de la pluralidad...